

EL TAJO Y TOLEDO

Pues estamos apañados si hacemos caso a los poetas. Yo no se si el Tajo arrastra oro, pero para acercarse a comprobarlo hoy día hay que ponerse una careta. Aunque, quién sabe, a lo mejor es que arrastra oro negro. Y maloliente, desde luego. Aparte de los espumaderos amarillentos de las fábricas y represas, los montones de plástico y detritus que se amontonan y pudren en las orillas. Hace algunos años una orden muy sensata prohibió bañarse en las aguas del Tajo, que, aparte de la porquería que ya traen, recoge todos los vertidos de la ciudad como fácilmente puede ver cualquiera. Es más, recientemente, un teniente alcalde de Toledo, muy poco poeta él, describía al Tajo como una cloaca a cielo abierto (Boletín de Información Municipal, 1974, número 30). Y eso que todavía no se han consumado las obras del trasvase Tajo-Segura, que privará a la imperial ciudad de una gran parte del cauce de agua (que ahora apenas cubre los niveles necesarios) y arrojará, en cambio, contra

ella, las aguas residuales, no depuradas, de Manzanares, Jarama, Henares y otros ríos-alcantarilla... ¡Ay si Tirso y Garcilaso levantarán la cabeza!

En fin, esperemos que quien sea, a quien corresponda tome cartas en un asunto que es ya preocupante. Se trata simplemente de limpiar esa alcantarilla que antaño cantaron los poetas y que afecta y pone en peligro a los habitantes y a los visitantes de una ciudad que es monumento nacional y la más turística del país. ¿Será mucho pedir? Más sería pedir que hagan navegable el Tajo, pongamos por caso. Porque ese es otro cantar y otra historia:

Ya en tiempos de los Reyes Católicos, si hay que creer al jesuita Andrés Marcos Burriel (1719-1762), se tenía el propósito de hacer navegable el Tajo. Pero fue en tiempos de Felipe II cuando surgió el primer argonauta de este río: Juan Bautista Antonelli, quien por cierto, también desde el puente de Segovia, en Madrid, hasta Lisboa. Otros italianos, Luis Carducho y Julio Martelli

presentaron nuevos proyectos a Felipe IV; los maestros armeros Carlos y Fernando Grunenberg, flamencos, hicieron lo propio con Carlos II. Se insistió en ello en el siglo XVIII. En 1829, el brigadier Francisco Javier Cabanes planteó de nuevo la cuestión, organizándose el viaje del arquitecto Agustín Marcos Artú desde Aranjuez a Lisboa en dos falúas, la Antonelli y Tajo, que pasaron por Toledo el 10 de abril de 1829. Cabanes redactó una "Memoria que tiene por objeto manifestar la posibilidad y facilidad de hacer navegable el Tajo, desde Aranjuez al Atlántico", memoria que reseña Marañón. Con el Conde-Duque y bajo el reinado de Fernando VI se volvió sobre el proyecto, que de vez en vez vuelve a la prensa nacional como un recuerdo arqueológico y quimérico...

En fin, sin olvidar la palabra y el amor de poetas, pintores y argonautas vamos a seguir el paso del río casi con la misma rapidez con que sus aguas de Toledo. Y lo primero que hallamos y halla el río es